

enían

o, la
cia

er la
”

akúrgico

Un joven bello

El viejo obrero y la nueva fábrica

Michel Pialoux

Cuando una tarde de julio de 1990, a eso de las tres, Christian C. y yo¹ llegamos a D., una aldea del Alto Saona situada a alrededor de cincuenta kilómetros de Sochaux, Gérard —que trabaja “de mañana” en la planta— nos espera en el jardín que rodea su *chalet*: en pantaloncitos cortos, con el torso desnudo, rotura con la laya un bancale de terreno. Es obrero especializado en la fábrica de Sochaux desde 1965. Está cerca de los 50 años y trabaja en el taller de acabado desde hace casi 15: si bien ocupó muchos puestos, siempre estuvo “en la cadena”, “en la línea”. Cuando se levanta para recibirnos, me sorprende por su estatura, el vigor y la especie de energía tranquila que emana de él; con frecuencia, los obreros de la fábrica me parecen avejentados, desgastados y aparentan, como suele decirse, cinco o diez años más de los que tienen; él, en cambio, parece haber resistido mejor que muchos otros el desgaste de la planta.

Intercambiamos las palabras rituales acerca de lo “agradable” de las labores de jardín y de lo fatigoso del trabajo en la fábrica. Gérard va todos los días a Sochaux en uno de los ómnibus de la empresa. El viaje dura casi una hora. Usa su auto —un 405— muy excepcionalmente. (Desde hace décadas, toda la región está surcada por una red de ómnibus que comienzan su recorrido a las tres o las cuatro de la mañana. Actualmente los obreros son menos numerosos, pero la dirección mantuvo los antiguos circuitos de transporte.) A paso

lento, charlando, recorremos el *chalet* (cinco habitaciones, un gran sótano...) y bromeamos acerca del orden del jardín: hay muchas flores, plantas ornamentales un poco apartadas, algunos bancales de hortalizas. Gérard nos explica cómo y por qué hizo construir la casa en 1973, poco tiempo después de casarse: el empleo en Peugeot daba seguridad, las tasas de interés de los préstamos no eran elevadas y además el terreno no costaba mucho —“casi nada”—, gracias a la “astucia” del alcalde de la comuna, un “comunista”, un “viejo pillo” que siempre supo arreglárselas y compró en el momento oportuno reservas de tierras para el municipio. Agrega —habla lentamente, con una voz un poco sorda, sin estrépito, en la que a menudo se nota algo de ironía, como si quisiera poner cierta distancia entre él y nuestras preguntas— que nunca le gustó demasiado el trabajo de la tierra y que lo hace ocasionalmente en verano (una mano dada “aquí o allá” a un vecino o un pariente). Su padre no vive lejos, pero ya no trabaja sus tierras, que arrendó a un vecino. (Indica con un gesto la dirección de la vieja casa. Y en el transcurso de la entrevista señalará con el dedo las diversas viviendas de sus cuñados, sus primos, los padres de su esposa...). Insisto un poco: ¿un trabajo “extra”, según lo permitieran los turnos de la planta? No, a decir verdad eso “nunca lo tentó”. Por otra parte, “ya no se hace”. Los obreros que trataban de “aguantar” en la fábrica y trabajar en sus granjas tuvieron

1.

Christian Corouge es un obrero especializado de la fábrica Peugeot de Sochaux con quien trabajé durante los años ochenta y junto con quien publiqué varias “Chroniques Peugeot” en *Actes de la recherche en sciences sociales*, entre 1984 y 1986.

que renunciar uno tras otro ("Tuve un compañero que tenía esa segunda ocupación —explica—, pero hubo una época en que era una cosa o la otra, o la fábrica o la granja"). Hoy, la gente está "demasiado cansada". En cuanto a él, la única tarea a la que se dedica regularmente aquí, en la aldea, es la tala de árboles en los bosques aledaños, actividad establecida por tradición que se hace entre varios, "entre compañeros", y le permite tener calefacción en su *chalet* durante todo el invierno ("Los inviernos son rigurosos; sin la tala no podríamos, por motivos económicos"). Y añade: "Corto mi leña, hago arreglos, trabajo en el jardín, pero lo hago para mí, únicamente lo que me gusta...". Su pasión es la caza. Cuando nos vayamos, tres horas más tarde, a eso de las siete, Gérard se lanzará a una descripción de colores subidos de esa actividad: partidas de caza con sus vecinos y cuñados, batidas del jabalí que movilizan a todos los hombres de la aldea... Por el momento, menciona más bien (pero discretamente, sin insistir demasiado) el cansancio que sobreviene, lo difícil que es recuperarse físicamente después de las jornadas de trabajo: "Hace un par de años volvía, arreglaba cosas, pescaba, iba a buscar leña. No había problemas. Pero ahora, cuando vuelvo, no me atrae en absoluto hacer nada..."

Gérard es un viejo compañero de Christian. Se conocen desde hace más de veinte años y están unidos por muchos recuerdos comunes. Al ingresar en la fábrica, Christian trabajó en la misma cuadrilla que él, en carrocería. Y, sobre todo, hizo sus primeras armas en la militancia junto a Gérard en 1969, cuando la planta estaba llena de gente joven y combativa. "Eso crea vínculos." Luego se reencontraron con frecuencia: en los talleres durante los "descansos", en los cafés cercanos a la fábrica o en las reuniones sindicales. Pero Christian nunca vino a la aldea de Gérard: es un "compañero de la fábrica", no "del barrio" o "de la aldea". Y la diferencia tiene su importancia. Desde 1983 o 1984, cuando empezamos a trabajar juntos, Christian me habló a menudo de él... En su opinión, es el "obrero campesino" tipo, íntegramente envuelto en las redes de la vida local, que

tiene placeres de campesino, que caza, que pesca... Encarna un modo de vida que lo fascina y se opone por completo al de los complejos de HLM (*monoblocks*) donde están condenados a vivir los obreros que llegaron de otras regiones u otros países, inmigrantes del interior o el exterior. Al mismo tiempo, lo que a sus ojos singulariza a Gérard es que es un "rojo"; hijo y nieto de campesinos, está sin embargo inscripto en una tradición política, la de una región "roja": la de la mina de Ronchamp y las aldeas obreras que la rodean, la de los pequeños campesinos con una larga tradición anticlerical y republicana a sus espaldas, zona también marcada muy intensamente por los recuerdos de la Resistencia, en la que abundan y son muy activos los municipios socialistas y comunistas.

Gérard tiene efectivamente reputación de "rojo" tanto en la fábrica como fuera de ella. Militó durante mucho tiempo en el PC, donde ejerció responsabilidades relativamente elevadas; se considera aún como un "verdadero" comunista, aunque haya devuelto su *carte* a fines de los años setenta. Nunca dejó de estar afiliado a la CGT y forma parte del núcleo de viejos militantes y delegados en torno de los cuales se cristaliza la resistencia al orden fabril. Está plenamente insertado en la red militante, donde se encuentran sus verdaderos compañeros. No obstante, jamás fue delegado. Su nombre figura a menudo en las listas de candidatos de la CGT a las elecciones de delegados gremiales o del Comité de Higiene y Seguridad (CHSCT), pero siempre en puestos sin posibilidades de ser elegido.

Terminada la recorrida del *chalet*, Gérard se pone una camisa y nos instalamos en la cocina: moderna, bien equipada, está amueblada con un aparador y sillas "rústicas" (los viejos muebles de los que hablaremos, quedaron en la casa de los padres). Nos invita con café y masas. En varias ocasiones se levantará e irá a buscar documentos: su recibo de pago, la carta que recibió cuando llegó a Morvillars a hacer una pasantía (un curso de tres semanas destinado a los obreros que iban a trabajar en la nueva planta de montaje de cajas

de carrocería), para... Su esposa (que municipal) aparece intercambiaremos o mezclará verdadera porque hablamos percibimos la magia do de la aldea y el

Gérard sabe q hace mucho tiempo mos encontrado dos planta un día de p habían salido de los cafés cercanos.

Fue Christian entrevista. Sin tener temas sobre los que Gérard cree que le so "monio" acerca del ta que se operan en él, trabajo, los flujos de a tiempo", etcétera. S mos hablar de la "pa en Morvillars y de la cuatro días. Seguram entrevista cobraría u que, por ejemplo, hab ay y sin prolegómeno lica", materia sobre prefiere, por lo meno mantener "reserva". A go, conoce bien a "su no podrá evitar una d lógicos", en la cual, por de llegar muy lejos.

Efectivamente, n le ciertas preguntas der sico se abordarán cuar charíamos de pie dura ma o cuando, franqu rversando más de ur del jardín... El ac rveía que Gérard se masmo. Sin embargo militante comunista

de carrocería), panfletos sindicales que conserva... Su esposa (que es empleada en un servicio municipal) aparecerá al final de la tarde. Sólo intercambiaremos con ella algunas palabras; no se mezclará verdaderamente en la conversación porque hablamos de la planta; también aquí percibimos la magnitud del corte entre el mundo de la aldea y el de la fábrica.

Gérard sabe que conozco a Christian desde hace mucho tiempo; por otra parte, ya nos habíamos encontrado dos o tres años atrás fuera de la planta un día de paro, cuando los huelguistas habían salido de los talleres para reunirse en los cafés cercanos.

Fue Christian quien propuso y preparó la entrevista. Sin tener una idea bien definida de los temas sobre los que queremos conversar con él, Gérard cree que le solicitaremos ante todo su "testimonio" acerca del taller de acabado, los cambios que se operan en él, lo penoso de los puestos de trabajo, los flujos de cadencia constante, el "justo a tiempo", etcétera. Sabe igualmente que deseamos hablar de la "pasantía" que empezó a hacer en Morvillars y de la que lo echaron al cabo de cuatro días. Seguramente no se imaginó que la entrevista cobraría un tono de "confidencia" y que, por ejemplo, hablaríamos, desde el comienzo y sin prolegómenos, de su relación con la "política", materia sobre la cual es evidente que prefiere, por lo menos en un primer momento, mantener "reserva". Al mismo tiempo, sin embargo, conoce bien a "su" Christian y presiente que no podrá evitar una discusión sobre temas "políticos", en la cual, por cierto, no tiene la intención de llegar muy lejos.

Efectivamente, no nos atreveremos a hacerle ciertas preguntas demasiado "personales"; otras sólo se abordarán cuando, apagado el grabador, charlemos de pie durante un largo rato en la cocina o cuando, franqueado el umbral, sigamos conversando más de un cuarto de hora en la avenida del jardín... El acuerdo implícito inicial no preveía que Gérard se confesara, que hablara de sí mismo. Sin embargo, pronto evocará a su padre, militante comunista activo, ex miembro de la

Resistencia, durante mucho tiempo concejal municipal de la aldea ("Me crié en un medio resistente—explicará—; mi padre y mi abuelo participaron en la Resistencia... mi abuela hacía pan para los resistentes"). Su padre tenía una granja que hace treinta años parecía una explotación "mediana" pero de la que ni él ni su hermano (que se convertiría en técnico fabril) pensaron jamás en encargarse ("Cuando vio que nadie quería seguir con ella, no invirtió, no se amplió... las tierras se arrendaron"). Sus padres lo "impulsaron" a "estudiar", con la esperanza de que fuera al colegio secundario. Pero abandonó en tercer año ("La cosa no funcionaba demasiado bien... veía a mis compañeros que ya la apechugaban, y yo...").

Al salir de la escuela, entra a trabajar en una planta textil que está a sólo dos kilómetros de la casa de sus padres, pero en la que los salarios son muy bajos. ("Allí tenía mi oportunidad de llegar a encargado", dirá). Decide renunciar e intentar que lo contraten en Sochaux. Es la época en que el salario de un obrero no calificado de Peugeot es ampliamente superior (en un 30 o 40%) al de un obrero profesional e incluso al de un capataz de la mayoría de las fábricas de la región. Ser obrero de la empresa automotriz aparece entonces como una suerte envidiable. La conciliación entre un estilo de militancia política "dura" y cierta forma de ascenso profesional también parece perfectamente posible.

En varios momentos abordamos con él la cuestión de sus hijos y el porvenir escolar y profesional que les espera. Tema ardiente y doloroso que todas las preguntas sobre su propio futuro y el de la fábrica hacen resurgir casi infaliblemente. El temor de que ellos (el mayor, de 17 años, está en primero, y el menor, de 16, en segundo) fracasen en el liceo y terminen como él, en el trabajo manual dentro de la planta, aflora sin cesar. Su relación con el futuro se construye también a través de la de sus hijos. "No les va demasiado mal", dice con una sonrisa, pero no se atreve a avanzar mucho en un terreno que no domina, temiendo que el porvenir le reserve aquí sorpresas desagradables. Lo que más llama la

atención es tal vez la manera en que explica por qué hizo todo lo posible para evitarles un ingreso en la enseñanza profesional que le parece desvalorizado y sin otra salida que la fábrica, como si trasladara al conjunto del mundo industrial la aversión que siente hacia la empresa Peugeot.

Al mismo tiempo —y también es ahí donde se expresa la ambigüedad de su relación con la fábrica que, objeto de odio, es asimismo, en cierto sentido, un objeto de amor al que se asocian algunos de los recuerdos más queridos y de las emociones más fuertes de su vida—, repetirá en varios momentos que su más vivo anhelo es que los hijos vayan a trabajar a la planta, como “escolares”, durante las vacaciones de verano. A su juicio, se trata de una especie de aprendizaje negativo —hacer que vean con sus propios ojos cómo es el mundo fabril y mostrarles por qué hay que huir de él—, pero al mismo tiempo en sus palabras se trasluce el deseo de hacerles comprender qué fue el trabajo de obrero especializado, por qué desgastó a su padre y cómo, también, éste desarrolló en él actitudes de combate que, a sus ojos, tienen coherencia y grandeza, y de las que presiente que ya no serán comprendidas por mucha gente. “Yo quisiera —dice— que entren en la fábrica, aunque sea por un mes, pero ellos no quieren; sin embargo, cuando se levanten durante todo un mes a las tres de la mañana, tendrán la cabeza menos puesta en escuchar su música...”

Una vez sentados a la mesa de la cocina, y como para disipar el malestar subsistente, Gérard, que de entrada se coloca bajo el influjo del pasado y la confrontación entre dos épocas, suelta dirigiéndose a Christian: “A éste fui yo quien lo puso derecho”. Y Christian responde en eco, en el momento en que enciende el grabador: “La verdad es que pasamos buenos momentos juntos, y todos los que trabajaron con nosotros en esa época los recuerdan como los mejores de su vida...”.

Desde las primeras palabras, me parece sorprendente que se pongan de inmediato sobre la mesa los tres grandes temas —el del agravamiento de las penosas condiciones laborales en las

cadenas, el de la degradación del “ambiente” en los talleres y el de la dificultad cada vez más grande para efectuar una tarea sindical— que van a reaparecer sin cesar hasta el final de la entrevista.

Al escuchar a Gérard y Christian multiplicar las alusiones al grupo de los “compañeros” y evocar de una sola vez el “ambiente” en torno de los puestos de trabajo, las formas y modalidades del “trabajo” sindical (que estaban profundamente imbricadas en las prácticas laborales) y el vínculo que tenían con determinada postura política, me parece comprender de repente cómo y por qué pudo efectuarse durante mucho tiempo la transmisión de una cierta cultura política profundamente enraizada en un complejo de relaciones laborales (que también eran relaciones sociales entre personas “constituidas” por una historia común) y cómo y por qué desaparecieron —o están desapareciendo— progresivamente las condiciones de esa politización.

En efecto, lo que sorprende en esta entrevista es en primer lugar cierto tono, una mezcla de violencia contenida para hablar del presente y de humor un poco rechinante para aludir al pasado. También la persistencia del tema del deterioro de las relaciones laborales y el estrecho vínculo que mantiene con el de la pérdida de las relaciones de confianza en el grupo de trabajo, pérdida que se experimenta como una herida. No hay duda de que ante todo hay que prestar atención a las modalidades del rechazo de la fábrica: un rechazo violento, definitivo, sin apelación, sobre el que no hace falta insistir. Un rechazo que es también, como la marca de una herida.

En realidad, de lo que Gérard no deja de hablar y a lo que alude tanto a la manera de una comprobación como de una denuncia, es la desestructuración del antiguo sistema de relaciones sociales que había prevalecido durante mucho tiempo en el taller (hasta 1985 o 1986), que daba una especie de fuerza al “grupo” obrero, grupo en el que los delegados y los militantes ocupaban un lugar preponderante. Lo que constituye de entrada el núcleo de sus palabras es

cuestión de l
 lidades de ex
 que predomi
 desplegaba c
 se pensaba c
 sostenían en
 cia colectiva
 “política”...

Puede s
 especie de he
 ligada al pres
 toda una histo
 mirada que di
 lianza hacia s
 Decepción qu
 presentiment
 obreras —los t
 nación, salvo
 unirse a las ar
 mayor parte
 obrero porqu
 situaciones. A
 cesar a la m
 se transforma
 laborales en e
 sobre los obr
 desconfianza y
 mente a causa
 de los antiguo
 organizar lo
 duso crear ot
 por impulsar
 dirección más
 que hubiera
 circular. La me
 geración de
 incertezas, se
 la manera en c
 raciones de
 opción qu
 tales en lo
 futuro. La c
 también, e
 cuando una
 filo parec

cuestión de los colectivos de trabajo, sus modalidades de existencia, las formas de sociabilidad que predominaban en ellos, el modo en que se desplegaba cierto trabajo político (que casi nunca se pensaba como tal) y se articulaban, ligaban y sostenían en ellos resistencia individual y resistencia colectiva, resistencia "moral" y resistencia "política"...

Puede sentirse en Gérard algo así como una especie de herida, una decepción muy profunda ligada al presente, pero que también procede de toda una historia. Decepción que se advierte en la mirada que dirige a su pasado, así como en la que lanza hacia su propio futuro o el de sus hijos. Decepción que tiene sus raíces, igualmente, en el presentimiento de que las nuevas generaciones obreras —los trabajadores temporarios— no terminarán, salvo que se produzca un milagro, por unirse a las antiguas y que no podrán repetirse la mayor parte de las viejas formas del combate obrero porque ya no se adaptarán a las nuevas situaciones. Al volverse hacia el pasado, regresa sin cesar a la manera en que, desde hace diez años, se transformaron y agravaron las condiciones laborales en el taller, se hizo más fuerte la presión sobre los obreros, se instalaron entre ellos la desconfianza y la soplonería, se rompió, principalmente a causa del sistema de premios, la cohesión de los antiguos grupos de trabajo, y la jerarquía, al reorganizar los colectivos laborales e intentar incluso crear otros completamente nuevos, acabó por impulsar la dinámica de la vida social en la dirección más favorable a sus intereses. Parece que hubiera en ello algo así como un efecto circular. La memoria no puede abolirse. La comprobación de aquello en que se convirtieron las esperanzas, sobre todo políticas, de antaño, y de la manera en que se desestabilizaron las antiguas relaciones de confianza, informa y estructura la percepción que él tiene hoy de las relaciones sociales en los talleres y ensombrece su visión del futuro. La constatación de ese fracaso repercute también, en cierto modo, sobre el pasado, alentando una forma de irrisión o humor negro cuyo filo parece dirigido contra sí mismo.

Aunque la violencia parezca en principio dirigida contra "los otros" —el grupo de los viejos compañeros, los de su generación—, no es posible dejar de pensar que también tiene un aspecto autodestructivo, que en cierto modo siempre puede volverse contra uno mismo. En efecto, después de todo, fue el grupo antiguo, su propio grupo, el grupo del cual él fue miembro, el que no estuvo a la altura de la esperanza que Gérard había depositado en él.

El relato que hace de una "agarrada" entre obreros ocurrida en su taller —uno de esos ínfimos incidentes con que se teje la vida de la fábrica: algunos trabajadores, como juego, se arrojaron un puñado de bulones, y uno de ellos sufrió una herida leve en la cara— testimonia claramente el carácter violento del malestar que experimenta a causa de las nuevas condiciones laborales. Él mismo verá sobre todo en ese relato la oportunidad de fustigar la cobardía de los viejos que, para no "tener historias" y por solidaridad generacional, adoptaron el punto de vista del jefe y se hicieron cómplices de una injusticia, minúscula, es cierto, pero que él, formado en la tradición militante, no se resigna a dejar pasar... La anécdota, de hecho, parece notablemente significativa en la medida en que ilumina el movimiento mediante el cual Gérard marca vigorosamente la distancia que lo separa de los obreros de su generación, sus compañeros, los viejos que, a su juicio, se comportan como aliados objetivos de la dirección ("Decidí—dice—no hablarles más"), para solidarizarse —pero verbalmente, por un instante y en medio de un malentendido...— con los jóvenes, o más bien con "un" joven que, en un determinado momento, le parece el único que cuestiona realmente, con sus prácticas, el orden que la dirección intenta imponer en la planta, un orden que, aunque sólo sea por fidelidad a sí mismo, él no puede dejar de rechazar con la más absoluta determinación.

Sin embargo, la descripción que hará unos minutos más tarde de la actitud hacia el trabajo de los temporarios, numerosos en su taller, muestra con claridad que ha perdido prácticamente

toda ilusión en cuanto a la posibilidad de que el combate de éstos coincida algún día con el de los "viejos" obreros. Siente muy distantes de sí a esos temporarios, presos de lógicas demasiado diferentes de las de los obreros de la fábrica. Lo que queda, entonces, lo que se presenta casi "naturalmente" en primer plano, es la expresión de un odio violento contra la fábrica, sus hombres, sus jefes, una hostilidad que sin duda se nutre de to-

das las humillaciones sufridas hoy, de la sensación global de un fracaso en la vida profesional, del miedo a una pauperización que lo amenaza tanto como a los suyos, pero que se alimenta en una cosa muy distinta, una decepción más profunda y más antigua: la pérdida de una esperanza de otro tipo, una esperanza colectiva a la cual nunca aceptó renunciar del todo y cuyo duelo no termina de hacer. ♦

«Estado: [...] completo de períodos de ilusión a la grande gracia puedes discutir empezó en 1870 norte de el trabajo preparar el t. cronometraje. Gastan: Ant. trabajo en una después un co. entrar al título. grande triflor. de poner un re. nado en tu lu. maniobras con. también se ha. os también si. añade le gust. obra, en las of. entre y le ha. cronometran d. los mismos con. otros proble. demulan [...]. — Y en cua. geration gam. vance: Con es. además a. res. veinte. año del 605. — i supong. — a entor. — Sí, y ade. — para la ex.